



“ Fui a la tumba de don Diego, con quien tal vez hubiese tenido de el honor de compartir cátedra en esta insigne universidad de Salamanca si hubiese nacido en el siglo XVII. Fui a preguntarle si me prestaba algunas de sus palabras para encabezar un ensayo de desobediencia académica, que tanto urge en esta España del siglo XXI. Inmediatamente percibí una agitación, como si sus huesos chisporrotearan de alegría. Imaginé que era una respuesta afirmativa. Después de todo, como lleva muerto más de ochenta años no necesito pedir autorización de derechos de autor a la familia: 1. Yo disculpo en la Universidad el poco amor con que me ha tratado; lo primero, porque soy en sus escuelas un hijo pegadizo ”

## Rebelión en el aula

El sociólogo y profesor de la Universidad de Salamanca Fernando Gil Villa publica “Profesores indignados”



JAVIER SÁNCHEZ ZAPATERO

**E**XISTE un tópico, bastante implantado en la sociedad, que identifica a los profesores con trabajadores privilegiados que han de desarrollar jornadas laborales más pequeñas que las del resto de la población y que disfrutan de largos puentes y periodos vacacionales. Este prejuicio, irresponsablemente alentado por algunos políticos en los últimos meses, parte de una visión sesgada y ventajista del sistema educativo, pues olvida las obligaciones a las que están sometidos los docentes y, sobre todo, ignora el escenario de precariedad absoluta en la que muchos de ellos han de desarrollar su trabajo.

Centrándose en el ámbito universitario, Fernando Gil Villa analiza esta situación en “Profesores indignados”, un breve ensayo de lectura ágil y amena. En su opinión, tres son los principales motivos que explican el enfado de los docentes. El primero tiene que ver con su remuneración económica, más baja que en otros países del entorno español, y con la cada vez mayor dificultad para disponer de fondos para investigar o para acceder a figuras contractuales dignas, algo especialmente sangrante para un colectivo como el universitario, inmerso en un contexto que le obliga a estar formándose –y a ser evaluado– casi permanentemente. El segundo está relacionado con la disminución del prestigio y la autoridad del docente, que ha de bregar con alumnos desmo-

TÍTULO: Profesores indignados



AUTOR: Fernando Gil Villa  
EDITORIAL: Maia  
AÑO: 2011

ARGUMENTO: Malos tiempos para ser joven. Amenazan el desempleo y la pobreza, políticos corruptos o traidores a su ideología, y clérigos conservadores empeñados en negar derechos y libertades conquistados con mucho esfuerzo. Los profesores no consiguen incentivar a los jóvenes porque están quemados. La situación es tan alarmante que bien justifica un llamamiento a la desobediencia académica. Cuando las normas son injustas, la conciencia manda obedecerlas lo menos posible.

tivados ante los que resulta casi imposible convertirse en las luces críticas que eran los profesores de antaño. Por último, la tercera razón procede de lo que

Gil Villa denomina acertadamente “terrorismo burocrático”, que ha provocado que su trabajo se llene de ingentes montañas de papeleo y de rutinas kálfianas carentes de cualquier sentido, así como la progresiva desaparición del trato humano en beneficio de la inflexibilidad normativa.

Ante semejante situación, el autor propone un “Manifiesto de desobediencia académica” con el que se haga público el malestar con el sistema educativo. Si las normas que regulan la actividades de los profesores son injustas, viene a decir Gil Villa, la conciencia del trabajador ha de dictar obedecerlas lo menos posible. Algunas de las medidas del decálogo que propone son prescindir de todo lo accesorio en las rutinas laborales –como las reuniones de comisiones o consejos vacías de contenido, o la tramitación de documentos inútiles–; ser flexible pero no populista en el trato con el alumnado; dejar ser esclavos del correo electrónico y de la continua actualización de los “campus virtuales”, etcétera.

Tan agudo como interesante, “Profesores indignados” no es sólo un diagnóstico de la –mala– situación que se vive en la Universidad, sino también y sobre todo una invitación a la rebeldía, una llamada de atención que quizá, como dice el propio autor, pueda servir de ejemplo y referente para que los jóvenes que hoy pueblan las aulas se indignen contra el negro futuro que parece esperarles.